

¿Qué es una sociedad?*



Gabriel Tarde

Traducción del francés: Pablo Nocera

201

I

¿Qué es una sociedad? En general se ha respondido: un grupo de individuos diferentes que se prestan servicios mutuos. De esta clara aunque falsa definición, han surgido, a menudo, confusiones entre las así llamadas sociedades animales –o la mayoría de ellas– y las únicas verdaderas sociedades, entre las cuales se incluyen, en cierta relación, un pequeño número de animales.¹

Esta concepción enteramente económica, que funda el grupo social sobre la mutua asistencia, se podría cambiar, con provecho, por una concepción jurídica que tomara a un individuo cualquiera por asociado, es decir, no a todos aquellos a los cuales les es útil o que le son útiles a él, sino a aquellos, que tienen con él derechos establecidos por ley, costumbre y conveniencias admitidas, o sobre los cuales existen derechos análogos, con o sin reciprocidad. Pero veremos que este punto de vista, aunque preferible, reduce demasiado el grupo social, así como el anterior lo extiende desproporcionadamente. En fin, también sería posible una noción de lazo social totalmente política o religiosa. Compartir una misma fe o bien colaborar en un mismo fin patriótico, común a todos los asociados y profundamente distinto de sus necesidades particulares e independientes, para cuya satisfacción se ayudan o no entre ellos, poco importa: esta sería el verdadero vínculo de sociedad. Ahora bien, es cierto que esta unanimidad de corazón y de espíritu es característica de sociedades perfeccionadas; pero también es cierto que un comienzo de lazo social existe sin ella, por ejemplo entre

* Publicado originalmente como Tarde, Gabriel (1884) “Qu’est-ce qu’une société?”, *Revue philosophique*, tome XVIII, P. 489-510. Luego pasó a formar parte (con mínimas modificaciones) del libro *Les lois de l’imitation : étude sociologique*, Paris: Alcan, 1890 como Capítulo III.

¹ Lamentaría que se viera en estas líneas, una crítica implícita a la obra de Espinas sobre las *Sociedades animales*. Ese trabajo está compensado por muchas consideraciones justas y profundas como para ser referido por la señalada confusión.

Europeos de diversas nacionalidades. En consecuencia, esta definición es demasiado exclusiva. Además, la conformidad de deseos y de creencias de las que se trata, esta similitud mental que se encuentra a la vez en decenas y centenas de millones de hombres no nace *ex abrupto*; ¿cómo se produce? Poco a poco, lentamente, por vía de la imitación. A ésta es donde siempre tenemos que llegar.

Si la relación de societario a societario fuese esencialmente un intercambio de servicios, no solamente habría que reconocer que las sociedades animales merecen ese nombre, sino que además son las sociedades por excelencia. El pastor y el labrador, el cazador y el pescador, el panadero y el carnicero, se prestan servicios sin duda, pero mucho menos que los que se prestan entre ellos, los diversos sexos de las termitas. Las más verdaderas, entre las sociedades animales no serían las más elevadas, como las abejas y las hormigas, los caballos y los castores, sino las inferiores, como los sifonóforos, donde por ejemplo, la división del trabajo es llevada al punto en el que unos comen para los otros, digiriendo para ellos. No puede imaginarse un servicio más notable. Sin ninguna ironía y sin salir de la humanidad, se sigue que el grado del lazo social entre los hombres es proporcional a su grado de utilidad recíproca. El amo protege y alimenta al esclavo, el señor defiende y protege al siervo, ambas utilidades operan como contrapartida de las funciones subalternas que cumplen el esclavo y el siervo en beneficio del amo o del señor: existe una mutualidad de servicios, mutualidad impuesta por la fuerza, es verdad, pero no importa si el punto de vista económico debe primar y si se lo considera como destinado a prevalecer sobre el punto de vista jurídico. Así pues, el espartano y el ilota, el señor y el siervo, así como el guerrero y el comerciante hindú, estarían socialmente más unidos que lo que se hallan los diversos ciudadanos libres de Esparta, los señores feudales de una misma comarca, los ilotas, o los siervos de un mismo pueblo, de mismas costumbres, lengua y religión.

Se ha considerado erradamente, que al civilizarse, las sociedades darían preferencia a las relaciones económicas por sobre las jurídicas. Esto significa olvidar que todo trabajo, todo servicio, todo intercambio reposa en un verdadero contrato garantizado por una legislación cada vez más reglamentada y complicada, y que a las prescripciones legales acumuladas se agregan usos comerciales u otros usos con fuerza de ley, así como *procedimientos* multiplicados de todo tipo, desde formalidades simplificadas —pero generalizadas de la cortesía— hasta los usos electorales y parlamentarios.² La sociedad es más bien una mutua determinación de obligaciones o consentimientos, de derechos y de deberes, que una asistencia mutua. He aquí porque se establece entre seres similares o poco diferentes unos de otros. La producción económica exige la especialización de aptitudes, la cual, llevada al lími-

² Es un error pensar que el reinado de la *ceremonia*, del *gobierno ceremonial*, como dice Spencer, va declinando. Al lado de los procedimientos anticuados llamados ceremonias, que entran en decadencia, existen ceremonias en aplicación, bajo el nombre de procedimientos, que emergen y se multiplican.

te, conforme al deseo tácito, pero lógicamente inevitable de los economistas, haría del minero, del labrador, del obrero tejedor, del abogado, del médico, etc. otras tantas especies humanas diferentes. Sin embargo, por fortuna, la auténtica e inútilmente desconsiderada preponderancia de las relaciones jurídicas, impide que esta diferenciación de trabajadores se acentúe demasiado, y la lleve incluso a debilitarse cada día más. El derecho, es verdad, no es aquí más que una forma de inclinación del hombre a la imitación. ¿Es desde el punto de vista utilitario, que se enseña al campesino sus derechos, que se lo instruye, a riesgo de ver las poblaciones rurales dejar el arado y la laya, dejando que se agote la doble fuente de su labranza y de su pastoreo? No, pero el culto de la igualdad ha prevalecido sobre esta consideración. Posteriormente, se ha querido incluir en la sociedad superior a clases que, a pesar de un intercambio incesante de servicios, no formaban, bajo muchos aspectos, parte de ella; y por esto, se ha comprendido que se debía *asimilar por contagio imitativo* a los partícipes de la sociedad superior, o, para decirlo mejor, que había que formar su ser mental y *social* con ideas, deseos, necesidades y elementos, en una palabra, semejantes en forma aislada, a los que constituyen el espíritu y el carácter de los miembros de esta sociedad.

Si los seres más diferentes, el tiburón y el pequeño pez que le sirve de alimento, el hombre y sus animales domésticos, pueden servirse recíprocamente, si a veces, hasta los seres más distintos pueden colaborar en una obra común, tanto el cazador como el perro de caza, incluso los dos sexos a menudo tan desiguales; es por el contrario, una condición sin la cual dos seres no podrían estar obligados a reconocerse uno a otro sus derechos, si no tuvieran un fondo común de ideas y de tradiciones comunes, una lengua o un traductor común, todas ellas en estrechas similitudes formadas por la educación, una de las formas de la transmisión imitativa. He aquí por qué los conquistadores de América, españoles o ingleses, no reconocieron jamás derechos a los indígenas, ni viceversa. La diferencia de razas jugó aquí un rol menor que la diferencia de lenguas, de costumbres, de religiones, actuando como auxiliar de esta última causa de incompatibilidad.³ He aquí, porqué, al contrario, una cadena estrecha de derechos y de obligaciones recíprocas unía, desde la más alta rama a la raíz más baja, a todos los miembros del árbol feudal, en una constitución tan eminentemente jurídica. Aquí, en efecto, del Emperador al siervo, la propaganda cristiana había producido, en el siglo XII, la más profunda asimilación mental que se haya visto. Y es debido esencialmente a esa red de derechos que la Europa feudal formaba, de un extremo a otro, una sociedad verdadera, la *crístiandad*, no menos unida que en los más bellos días del imperio romano lo estuvo la *romanidad* (*romanitas*). ¿Se necesita una contra-prueba de esto? Pues bien: los inmigrantes chinos e hindúes, en las Antillas, se encuentran ligados a sus dueños blan-

3 En los siglos XVI y XVII, donde la población armada y la población civil estaban profundamente distanciadas, los militares en campaña creían que todo estaba permitido sobre los civiles, amigos o enemigos: robos, pillajes, masacres, etc. conforme al derecho de gentes de entonces; pero *entre ellos*, se respetaban.

cos por servicios recíprocos, e incluso por contratos sinalagmáticos, jamás un lazo verdaderamente social se ha establecido entre ellos, porque no llegaron a asimilarse. Puede existir contacto y asimilación mutua de dos o tres civilizaciones distintas, de dos o tres haces diferentes de invenciones imitativas irradiantes en su esfera propia, pero no hay sociedad en el verdadero sentido de la palabra.

Es en virtud de una noción principalmente económica de la sociedad que la división hindú de castas ha sido establecida. Las castas eran razas distintas que se entrelazaron fuertemente. Lejos pues, de denotar un estado avanzado de civilización, la tendencia a subordinar la consideración moral de los derechos a la consideración utilitaria de los servicios y de las obras, pierde su fuerza a medida que la humanidad mejora y que avanza la gran industria.⁴ A decir verdad, el hombre civilizado de nuestros días tiende a librarse de la asistencia del hombre. Cada vez recurre menos a otro hombre profundamente diferente de él, profesionalmente especializado, y por el contrario, apela cada vez más a las fuerzas naturales sometidas. ¿Acaso el ideal social del futuro no es la reproducción en grande de la ciudad antigua, donde los esclavos, como se ha dicho hasta el hartazgo, serían reemplazados por las máquinas, y donde el pequeño grupo de ciudadanos iguales, afines, no dejando de imitarse y de asimilarse, independientes e inútiles para los otros, al menos en tiempos de paz, no constituirían la totalidad de los hombres civilizados? La solidaridad económica establece entre los trabajadores un lazo más vital que social; ninguna organización de trabajo será jamás comparable bajo su relación al organismo más imperfecto. ¿Por qué la solidaridad jurídica tiene un carácter exclusivamente social? Porque ella supone la similitud por imitación. Y cuando esta similitud existe sin que haya derechos reconocidos, existe ya sin embargo un comienzo de sociedad. Luis XIV no reconocía a sus súbditos ningún derecho sobre él, sus súbditos compartían su ilusión; sin embargo él mantenía con ellos una relación social, porque eran, ellos y él, productos de una misma educación clásica y cristiana, porque tenían la mirada puesta sobre él para copiarlo desde la corte de París hasta el fondo de la Provenza

4 En su considerable obra *Cinemática*, el alemán Reuleaux, director de la Academia industrial de Berlín, observa que los progresos industriales ponen cada días más de manifiesto lo que hay de superficial y de erróneo en la importancia atribuida por los economistas a la división del trabajo, mientras que la coordinación del trabajo, obtenida por ella, es a donde habría que tender en primer lugar. Lo mismo sucede con la “división del trabajo orgánica” que, sin la admirable armonía orgánica, el progreso no sería de ningún modo un progreso vital. “El principio de la *máquina-factura*, dice notablemente, se encuentra, al menos parcialmente, en contradicción con el principio de la división del trabajo... En las usinas modernas más perfeccionadas, se tiene generalmente el hábito de cambiar los obreros que sirven los diferentes aparatos, de manera de romper la monotonía del trabajo.” Es el trabajo de la máquina que se especializa cada vez más, pero lo contrario sucede para el trabajo del obrero, que sin esto se vuelve, dice Reuleaux, más maquinaal a medida que la máquina se hace mejor trabajadora.

y de la Bretaña, y porque él mismo, a su pesar, sufría de parte de sus cortesanos, la influencia de una clase de imitación *difusa*, recibida a cambio de su imitación *radiante*.

Uno se encuentra, repito, en relación social más estrecha con las personas a las cuales se asemeja más por identidad de oficio o de educación, aún cuando sean nuestros rivales, que con aquellos de los cuales se tiene necesidad. Esto se manifiesta entre abogados, entre periodistas y entre magistrados, en todas las profesiones. Asimismo y con razón, se puede llamar sociedad, en el lenguaje ordinario, a un grupo de personas análogamente educadas, quizás en desacuerdo de ideas y de sentimientos, pero teniendo un mismo fondo común, que se ven e influencias mutuamente por gusto. En cuanto a los empleados de una misma fábrica, de un mismo almacén, que se reúnen para asistirse o colaborar, ellos no forman una sociedad, es decir, una sociedad pura y simple, sino una sociedad comercial o industrial.⁵

Una cosa es la *nación*, especie de organismo hiper-orgánico, formado de castas, de clases o de profesiones asociadas, y otra cosa es la *sociedad*. Esto se ve con claridad hoy día, cuando centenares de millones de hombres tienden a *desnacionalizarse* y a *socializarse* cada vez más. No me parece demostrado que esas múltiples uniformidades hacia las cuales tendemos (de lengua, de instrucción, de educación, etc.) sean lo más apropiado para asegurar el cumplimiento de los trabajos innumerables que tanto los individuos asociados, como las naciones se han dividido entre sí. Para convertirse en letrado, un campesino podrá no ser un buen labrador, un soldado podrá no ser muy disciplinado, ni siquiera valiente. Pero, cuando se objeta esas eventualidades amenazantes a los partidarios del progreso en sí mismo, no adoptamos su punto de vista, del que ellos mismos no tienen conciencia. Lo que quieren es la socialización más intensa posible, y no, lo que es muy diferente, la organización social más fuerte y más elevada posible. En rigor, les alcanzaría una vida social desbordante en un organismo social reducido. Resta saber en qué medida es deseable ese objetivo. Dejemos para después esta cuestión.

La inestabilidad y la enfermedad de nuestras sociedades deben parecer inexplicables a los ojos de los economistas, y en general de los sociólogos, cualesquiera sean, que fundan la sociedad sobre la base de la utilidad recíproca. En efecto, la reciprocidad de los servicios que se prestan las diversas clases de nuestras naciones, y las diversas naciones entre sí, se

⁵ En un pueblo cualquiera, tanto los abogados, como los médicos, se disputan la clientela; pero, como la profesión de los primeros los obliga a trabajar habitualmente en conjunto, a verse todos los días en el Palacio de Justicia, el ardor de la lucha, la aspereza de los sentimientos interesados, es atemperada por las relaciones de confraternidad que desarrolla inevitablemente esta comunidad de trabajos. Entre los médicos, al contrario, nada suaviza la rivalidad, la aspereza de la competencia; porque habitualmente ellos trabajan en solitario. Asimismo, se observa frecuentemente que el paroxismo del odio profesional, de la animosidad confraternal, es privilegio del cuerpo medico, y agregado de todas las corporaciones, tales como las de los farmacéuticos, las de los notarios y de la mayoría de los comerciantes, donde el trabajo separa a los rivales.

manifiesta y crece cada día, con toda la rapidez humanamente posible, gracias al concurso de costumbres y de leyes. Pero se olvida que los individuos de esas clases y de esas naciones tienden a una asimilación imitativa mucho más grande, mucho más rápida, que encuentra todavía, entre las costumbres e incluso en las leyes, trabas irritantes, tanto más irritantes quizás, cuando se muestran menos desalentadoras.

Luego de haberse profundizado durante tanto tiempo y haberse agrandado el intervalo que separa al hombre de la mujer, la civilización tiende en nuestros días, en Francia, en América, en Inglaterra, en todos los países modernizados, a disminuir la diferencia intelectual entre los dos sexos, abriendo al más débil la mayor parte de las carreras del otro y haciéndolo participar de las ventajas de una educación o de una instrucción casi común. La civilización, en esto, trata a la mujer como ella ha tratado al campesino, el trabajador agrícola libre del que había hecho gradualmente una casta aparte, y que ella reincorpora ahora dentro del gran grupo social. Ahora, tanto aquí como allí, yo diría: ¿Se operan estas transformaciones con un objetivo de utilidad social, para permitir al campesino y a la mujer cumplir mejor con sus funciones específicas, como cultivar los campos, amamantar y cuidar los niños? No, y aún espíritus afligidos, entre los cuales me encuentro, ven llegar el momento, donde, como consecuencia de estos cambios, no se encontrará más obreros agrícolas y nodrizas, e incluso serán cada vez más raros los casos de madres que puedan o quieran amamantar a sus hijos. *Pero si se ha querido ensanchar el círculo social es porque la asimilación de las mujeres a los hombres, de los campesinos a los ciudadanos, era una condición indispensable de esta socialización, la cual ha debido asimilarlos de este modo.*

Ya en el siglo XVIII, en el círculo social más restringido, el de la alta sociedad de entonces, la vida de salón, común a los dos sexos, los había hecho más semejantes entre sí por las ideas y los gustos que no se daban en la Edad Media, y se sabe bien, que esta ventaja social fue comprada al precio de la fecundidad y de la honestidad propia de las familias. Sin embargo, eran felices de ese modo, porque una necesidad superior empuja al círculo social a extenderse sin parar.

¿Me encuentro en relación social con los otros hombres, en tanto que poseen el mismo tipo físico, los mismos órganos y los mismos sentidos que yo? ¿Me hallo en relación con un sordomudo no instruido que se me parece mucho en cuerpo y rostro? No. A la inversa, los animales de La Fontaine, el zorro, la cigüeña, el gato, el perro,⁶ a pesar de la distancia

6 En *La evolución mental de los animales*, de Romanes, hay un capítulo muy interesante consagrado a la influencia de la imitación sobre la formación y el desarrollo de los instintos. Esta influencia es mayor de lo que se supone. No solamente los individuos de la misma especie, parientes o incluso sin serlo, se imitan —muchos pájaros cantores tienen necesidad que sus madres o sus camaradas les enseñen a cantar— sino que los individuos de especies diferentes se piden a préstamo particularidades útiles o insignificantes. Aquí se revela la necesidad profunda de imitar por imitar, fuente primaria de nuestras artes. Se ha visto un mirlo reproducir a tal punto el canto de un gallo que los pollos mismos se confundían. Darwin ha creído observar que las abejas habían tomado de un zángano la

específica que los separa, viven en sociedad, porque hablan una misma lengua. Se come, se bebe, se digiere, se camina, se grita, sin haberlo aprendido. También esto es puramente vital. Pero para hablar es necesario haber escuchado hablar; el ejemplo de los sordos mudos lo prueba, son mudos porque son sordos. En consecuencia, comienzo a sentirme en relación social, aunque muy débil, es cierto, e insuficiente, con todo hombre que habla, incluso en una lengua extranjera; pero a condición de que nuestras dos lenguas me parezcan tener una fuente común. El lazo social se va estrechando a medida que se agregan a éste otros rasgos comunes, todos de origen imitativo.

De allí la definición de grupo social: una colección de seres, en cuanto están dispuestos a imitarse entre sí o en tanto que, sin imitarse efectivamente, se asemejan y sus rasgos comunes son copias antiguas de un mismo modelo.

II

Distingamos bien, el grupo social del tipo social tal como, en una cierta época y en un cierto país, se reproduce más o menos incompleto en cada uno de los miembros del grupo. ¿Cómo se compone ese tipo? De un cierto número de necesidades y de ideas creadas por miles de invenciones y de descubrimientos acumulados a lo largo del tiempo; de necesidades más o menos acordadas entre sí, es decir, que concurren con mayor o menor intensidad al triunfo de un deseo dominante que es el alma de una época y de una nación; y de ideas, de creencias también más o menos acordadas entre sí, es decir, lógicamente relacionadas unas con otras o que al menos no se contradicen. Este doble acuerdo, siempre incompleto y no exento de notas discordantes, establecido a la larga, entre cosas producidas y reunidas fortuitamente, es perfectamente comparable a lo que llamamos *adaptación* de los órganos de un cuerpo viviente. Pero tiene la ventaja de no ser afectado por el misterio inherente a este último género de armonía, y de significar en términos muy claros, una relación de medios a un fin o de consecuencias a un principio, dos relaciones que, en definitiva, no son más que una, la última de las dos. ¿Qué significa la incompatibilidad, el desacuerdo de dos órganos,



idea ingeniosa de chupar ciertas flores perforándolas por el costado. Existen pájaros, insectos, animales de cualquier genio, y el genio, incluso en el mundo animal, puede alcanzar algún éxito —estos bosquejos sociales fracasan sólo por la falta de lenguaje—No es únicamente el hombre, sino todo animal que, en tanto ser espiritual de distinto grado, el que aspira a una vida social como la condición *sine qua non* del desarrollo de su ser mental. ¿Por qué? Porque la función cerebral, el espíritu, se distingue de las otras funciones en que no es una simple adaptación de un fin preciso por un medio preciso, sino una adaptación a fines múltiples e indeterminados que debe ser precisado más o menos fortuitamente por el medio mismo que sirve para conseguirlos y que es inmenso, a saber: por la imitación del exterior. Este exterior infinito, este exterior pintado, representado, *imitado* por la sensación y la inteligencia, es ante todo la naturaleza universal que ejerce sobre el cerebro, y luego sobre el sistema muscular del animal, una sugestión continua e irresistible, aunque luego y sobre todo, es el medio social quien interviene.

de dos conformaciones, de dos caracteres tomados de dos especies diferentes? No sabemos nada sobre ello. Pero cuando dos ideas son incompatibles, sabemos que una implica la negación de la otra. Asimismo, cuando ellas son compatibles, no implican o no parecen implicar esta negación en ningún grado. Finalmente, cuando ellas se hallan en cierta forma de acuerdo, es que, en un número más o menos grande de aspectos, una implica la afirmación de un número más o menos grande de cosas que la otra afirma. Afirmar y negar: nada menos oscuro, nada más luminoso que estos actos espirituales a los cuales se refiere toda la vida del espíritu, nada más inteligible que su oposición. En ella se resuelve la del deseo y de la repulsión, del *velle* y del *nolle*. Un tipo social, aquello que llamamos una civilización particular, es un verdadero sistema, una teoría más o menos coherente, cuyas contradicciones interiores se fortifican o estallan a la larga, forzándola a dividirse en dos. Si esto es así, comprendemos claramente porque hay tipos puros y fuertes de civilización, y otros mezclados y débiles; porque, a fuerza de enriquecer nuevas invenciones que suscitan deseos nuevos o nuevas creencias y trastornan la proporción de viejos deseos o de antiguas creencias, los tipos más puros se alteran y terminan por dislocarse: porque, dicho de otra forma, todas las invenciones no son *acumulables* y muchas no son más que *sustituibles*, a saber, aquellas que suscitan deseos y creencias implícita o explícitamente contradictorios en toda la precisión lógica de la palabra. No hay en las fluctuaciones ondulantes de la historia, más que adiciones o sustracciones perpetuas de cantidades de fe o de cantidades de deseos que, excitados por los descubrimientos, se unen o neutralizan, como las ondas que interfieren entre sí.

Este es el tipo nacional que se repite, decimos, en todos los miembros de la nación. Se puede comparar a un sello muy grande cuya impresión es siempre parcial sobre las diversas ceras más o menos pequeñas a las que se la aplica, y que no podría reconstruirse por entero sin la confrontación de todas esas huellas.

III

A decir verdad, lo que antes definimos es más bien la *socialidad* más que la *sociedad* como se la entiende habitualmente. Una sociedad es siempre, en distintos grados, una asociación, y una asociación es a la socialidad, a la *imitatividad*, por decirlo así, lo que la organización es a la vitalidad o, incluso, lo que la constitución molecular es a la elasticidad del éter. Son estas las nuevas analogías a combinar con aquellas que, en mi opinión, presentan en gran número las tres grandes formas de la Repetición Universal. Pero quizás convendría, para entender bien la socialidad relativa, la única que se nos presenta en distintos grados por los hechos sociales, imaginar por hipótesis, una socialidad absoluta y perfecta. Consistiría en una vida urbana intensa, en la que la transmisión a todos los cerebros de la ciudad, de una buena idea surgida en cualquier parte en el seno de uno de ellos, fuera instantánea. Esta hipótesis es análoga a la de los físicos, según los cuales, si la elasticidad del éter fuera perfecta, las excitaciones luminosas o de otro tipo se transmitirían sin intervalo de tiempo. Por su parte, los biólogos ¿no podrían concebir útilmente una irritabilidad absoluta, encar-

nada en una suerte de protoplasma ideal que les sirviera para apreciar la vitalidad más o menos grande de los protoplasmas reales?

Partiendo desde allí, si queremos que la analogía se mantenga en los tres mundos, es necesario que la vida sea simplemente la organización de la irritabilidad del protoplasma, y que la materia sea simplemente la organización de la elasticidad del éter, de igual forma que la sociedad no es más que la organización de la imitatividad. Ahora bien, es apenas útil hacer notar que la concepción de Thompson, adoptada por Wurtz, sobre el origen de los átomos y de las moléculas, a saber, la hipótesis tan seductora y plausible de los átomos-torbellinos, responde perfectamente a una de las exigencias de nuestra manera de ver, de la misma forma que la teoría protoplasmática de la vida es hoy día aceptada por todo el mundo. Una masa de niños educados en común, habiendo recibido la misma educación en el mismo medio, y no diferenciados aún en clases y en profesiones: tal es la materia prima de la sociedad. Ella trabaja formando, mediante la diferenciación funcional, inevitable y forzosa, una nación. Una cierta masa de protoplasma, es decir de moléculas organizables pero no organizadas, todas parecidas, todas asimiladas unas a otras por la virtud de ese modo oscuro de reproducción de donde proceden; he ahí la materia prima de la vida. De ella se forman las células, los tejidos, los individuos, las especies. En fin, una masa de éter homogéneo, compuesto de elementos agitados por vibraciones todas ellas similares, rápidamente encadenadas: he ahí, si he de creer en nuestros químicos especulativos, los materiales básicos de la materia. Con ella se forman todos los corpúsculos de todos los cuerpos, tan heterogéneos como puedan ser. Dado que un cuerpo no es más que un acuerdo de vibraciones diferenciadas y jerarquizadas, reproducidas separadamente en series distintas e intercaladas, como un organismo no es más que un acuerdo de *intra-generaciones* elementales, diferentes y armoniosas, de líneas distintas y entrelazadas de elementos histológicos, como una nación no es más que un acuerdo de tradiciones, de costumbres, de educaciones, de tendencias, de ideas que se propagan imitativamente por vías diferentes, pero que se subordinan jerárquicamente y se auxilian fraternalmente.

La ley de la diferenciación interviene aquí. Pero no es inútil resaltar que lo homogéneo sobre lo cual se ejerce, bajo tres formas superpuestas, es un homogéneo superficial, aunque real, y que nuestro punto de vista sociológico nos conduciría, por la prolongación de la analogía, a admitir en el protoplasma, elementos de fisonomías muy individuales bajo su máscara uniforme, y en el éter mismo, átomos tan característicos individualmente como pueden serlo los niños de la escuela de mejor disciplina. Lo heterogéneo, y no lo homogéneo, están en el corazón de las cosas. ¿Qué cosa más inverosímil, o más absurda, que la coexistencia de innumerables elementos nacidos co-eternamente semejantes? No se nace, sino que se llega a ser semejante. Y por lo demás, la diversidad innata de los elementos, ¿no es la única justificación posible de su *alteridad*?

Podríamos ir, con mucho gusto, aún más lejos: sin lo heterogéneo inicial y fundamental, lo homogéneo que lo recubre y lo disimula no habría podido existir jamás. Toda



homogeneidad, en efecto, es una similitud de partes, y toda similitud es el resultado de una asimilación producto de la repetición voluntaria o forzosa de lo que en el inicio ha sido una innovación individual. Pero eso no alcanza. Cuando lo homogéneo de lo que hablo, ya sea éter, protoplasma, masa popular igualada y nivelada, se diferencia para organizarse, la fuerza que la constriñe a salir de sí misma, ¿no es la causa misma, si lo juzgamos por lo que pasa en nuestras sociedades? Después del proselitismo que asimila un pueblo, viene el despotismo que lo emplea y le impone una jerarquía, pero el déspota y el apóstol son igualmente refractarios a que pesase el yugo nivelador o aristocrático del otro. Por una disidencia, por una rebelión individual que triunfa de esta forma, hay, a decir verdad, miles de millones que han fracasado a su sombra; pero no por eso dejan de ser el vivero de las grandes renovaciones del porvenir. Este lujo de variaciones, esta exuberancia de fantasías pintorescas y de caprichosos adornos, que la naturaleza despliega magníficamente bajo su austero aparato de leyes, de repeticiones, de ritmos seculares, no puede tener más que una única fuente: la originalidad tumultuosa de los elementos mal dominados por dichos yugos, la diversidad profunda e innata que, a través de todas esas uniformidades legislativas, reaparece resplandeciente y transfigurada en la hermosa superficie de las cosas.

No nos detendremos en estas últimas consideraciones porque nos alejarían de nuestro tema. Sólo quiero mostrar que la investigación de las leyes, es decir de los hechos similares, sea en la naturaleza, sea en la historia, no debe hacernos olvidar sus agentes ocultos, individuales y originales. Dejando a un lado a estos, podemos deducir una enseñanza útil de lo dicho anteriormente: la asimilación unida a la igualación de los miembros de una sociedad no es, como se acostumbra a pensar, el término final de un progreso social anterior, sino que, por el contrario, es el punto de partida de un progreso social nuevo. Toda nueva forma de civilización comienza por allí: comunidades igualitarias y uniformes de los primeros cristianos donde el obispo era un fiel como cualquier otro, o donde el papa no se distinguía de los obispos; ejércitos francos en que la distribución del botín se hacía en partes iguales entre el rey y sus compañeros de armas, por ejemplo, la sociedad musulmana en sus inicios. Los primeros califas que sucedieron a Mahoma acudían ante los tribunales como simples mahometanos; la igualdad de todos los hijos del profeta delante del Corán no había llegado a ser todavía una simple ficción como está destinada inevitablemente a ser, algún día, la igualdad de los franceses o de los europeos delante de la ley. Posteriormente, por grados, una desigualdad profunda, condición de una organización sólida, se apoderó del mundo árabe, poco más o menos como se formó la jerarquía clerical del catolicismo o la pirámide feudal de la Edad Media. El pasado responde al futuro. La igualdad no es más que una transición entre dos jerarquías, como la libertad no es más que un pasaje entre dos disciplinas. Esto no significa decir, por otra parte, que la confianza y el poder, el saber y la seguridad de cada ciudadano, no vayan aumentando con el curso del tiempo.

Retomemos ahora bajo otro aspecto la idea que nos ocupa. Las comunidades homogéneas e igualitarias, decimos, preceden a las Iglesias y los Estados por la misma razón por

la cual los tejidos preceden a los órganos; y, por otro lado, la razón por la cual los tejidos y las comunidades una vez formados se organizan, se jerarquizan, no es otra que la causa misma de su formación. El crecimiento del tejido no diferenciado todavía, ni utilizado, atestigua la ambición, la avidez especial del germen que así se propaga, como la creación de un club, de un círculo, de una cofradía de iguales, atestigua la ambición del espíritu emprendedor que le ha dado vida, propagando de tal forma su idea personal, su plan personal. Ahora bien, es para extenderse todavía más y defenderse contra los enemigos aparecidos o previstos, que la comunidad se consolida en una corporación jerarquizada, como el tejido se hace órgano. Obrar y funcionar, para el ser vivo o social, es una condición *sine qua non* de conservación y de extensión de la idea matriz que conlleva sí misma y a la cual le basta multiplicarse en ejemplares uniformes para desarrollarse algún tiempo. Pero lo que busca la *cosa social*, ante todo, como *cosa social*, es propagarse y no organizarse. La organización no es más que un medio para el objetivo de la propagación y la repetición *generativa o imitativa*.

En resumen, a la pregunta que hicimos al comienzo: ¿qué es la sociedad? respondemos: es la imitación. Nos resta preguntarnos: ¿Qué es la imitación? Aquí el sociólogo debe ceder la palabra al psicólogo.

IV

I. El cerebro, dice muy bien Taine, resumiendo en este punto a los fisiólogos más importantes, es un órgano *repetidor* de centros sensitivos, compuesto de elementos que se repiten unos a otros. El hecho es que al ver tantas células y fibras similares acurrucadas, no se podría formar otra idea. La prueba directa es facilitada por las experiencias y las observaciones numerosas que muestran que la ablación de un hemisferio del cerebro e incluso la supresión de una porción considerable de sustancia del otro, atacan solamente la intensidad, pero no alteran para nada la integridad de las funciones intelectuales. La parte suprimida no colabora, pues, con la parte restante; ambas no pueden más que copiarse y reforzarse mutuamente. Su relación no es ni económica, ni utilitaria, sino imitativa y social, en el sentido que yo entiendo esta última palabra. Cualquiera que sea la función celular que provoca el pensamiento (¿quizás sea una vibración muy compleja?) no se puede dudar de que se reproduce, que se multiplica en el interior del cerebro a cada instante de nuestra vida mental, y que, a cada percepción distinta, corresponde una función celular distinta. Esta es la continuación indefinida, inagotable de esas radiaciones difusas, ricas en interferencias, que constituye tanto la memoria como el hábito, ya sea que la repetición multiplicadora de la que se trata permanezca encerrada en el sistema nervioso o que, desbordante, gane al sistema muscular. La memoria es, si se quiere, un hábito puramente nervioso; el hábito, una memoria a la vez nerviosa y muscular.

En estos términos, todo acto de percepción, en cuanto implica un acto de memoria, siempre supone una especie de hábito, una imitación inconsciente de sí mismo por sí mismo. Ésta, evidentemente, no tiene nada de social. Cuando el sistema nervioso es fuerte-

mente excitado para poner en marcha un grupo de músculos, es decir, el hábito propiamente dicho, aparece otra imitación de sí mismo por sí mismo, para nada social. Aún más, diría, *pre social* o *sub social*. No significa que la idea sea una acción abortada, como se la ha pretendido: la acción no es más que la prosecución de una idea, una adquisición de fe estable. El músculo no trabaja más que para enriquecer el nervio y el cerebro.

Pero si la idea o la imagen rememorada ha sido dispuesta originariamente en el espíritu por una conversación o una lectura, si el acto habitual ha tenido por origen la vista o el conocimiento de una acción análoga a otra, esta memoria y este hábito son tanto hechos sociales como psicológicos; y he ahí la especie de imitación de la que tanto he hablado anteriormente.⁷ Estos no son una memoria y un hábito individuales, sino colectivos. De igual forma que un hombre no mira, no escucha, no camina, no se tiene de pie, no escribe ni toca la flauta, y más aún, no inventa y no imagina, más que en virtud de recuerdos musculares múltiples y coordinados, de la misma forma, la sociedad no podría vivir, ni adelantar un paso, ni modificarse, sin un tesoro insondable, incesantemente aumentado por las generaciones sucesivas.

II. ¿Cuál es la naturaleza íntima de esta sugestión de célula a célula cerebral, que constituye la vida mental? No sabemos nada.⁸ ¿Conocemos mejor la esencia de esta sugestión de persona a persona, que conforma la vida social? No. Porque, si tomamos este último hecho en sí mismo, en su estado de pureza y de intensidad superiores, se encuentra unido a un fenómeno más misterioso que nuestros filósofos alienistas estudian hoy día con una curiosidad apasionada: el sonambulismo.⁹ Véanse los trabajos contemporáneos sobre este tema, especialmente los de Richet, Binet y Féré, Beaunis, Bernheim, Delboeuf, y se verá que no es una fantasía, tomar al hombre social como un verdadero sonámbulo. Por el contrario, creo conformarme con el método científico más riguroso, al proceder buscando esclarecer lo complejo por lo

7 Corrigiendo las pruebas de la segunda edición, leo, en la *Revue de Métaphysique*, una reseña sucinta de un artículo de Baldwin, aparecido en *Mind* (1894-95) bajo el título: *Imitation: a chapter in the natural history of consciousness*. «Baldwin, dice el autor de la reseña, quiere generalizar y precisar las teorías de Tarde. La imitación biológica, o subcortical de primer grado, es una reacción nerviosa circular, es decir que reproduce a su estimulante. La imitación psicológica, o cortical, es *hábito* (ella encuentra, como tal, su expresión en el principio de identidad) y *acomodación* (ella se expresa por el principio de la razón suficiente). Finalmente es sociológica, plástica, subcortical de segundo grado.»

8 A la fecha en que las consideraciones precedentes y siguientes fueron impresas por primera vez (nov. 1884), en la *Revue Philosophique*, se comenzaba a hablar de la sugestión hipnótica, y se me ha reprochado de paradoja insostenible, la idea de una sugestión social universal, que, luego ha sido enérgicamente defendida por Bernheim y otros. Actualmente, no hay nada más común que esta opinión.

9 Esta expresión, pasada de moda, muestra que en el momento en que publiqué por primera vez este pasaje, la palabra *hipnotismo* todavía no había substituido a la de sonambulismo.

simple, la combinación por el elemento, explicando el lazo social, mezclado y complicado, tal como lo conocemos, por el lazo social más puro y reducido a su más simple expresión, el cual, para la formación del sociólogo, se realiza muy felizmente en el estado de sonambulismo. Supóngase un hombre que, sustraído por hipótesis a toda influencia extra social, a la vista directa de los objetos naturales, a las obsesiones espontáneas de sus diversos sentidos, no tiene comunicación más que con algunos de sus semejantes, y, en primer lugar, para simplificar la cuestión, con uno de sus semejantes,; ¿no es en este sujeto en donde convendría estudiar, por la experiencia y la observación, los caracteres vivamente esenciales de la relación social, desligado así de toda influencia de orden natural y física que pudiera complicarla? ¿Pero, no son acaso el hipnotismo y el sonambulismo precisamente la realización de esta hipótesis? No sorprenderá, pues, que examine los principales fenómenos de estos estados singulares, y los encuentre agrandados y atenuados, disimulados y transparentes en los fenómenos sociales. Tal vez, con la ayuda de este acercamiento, comprenderemos mejor el hecho reputado como anormal, constatando hasta qué punto es general, y percibiendo de sobremanera, en la anomalía aparente, los rasgos distintivos del hecho general.

El estado social, como el estado hipnótico, no es más que la forma de un sueño, un sueño de mando y un sueño de acción. No tener más que ideas sugeridas y creerlas espontáneas: tal es la ilusión propia de un sonámbulo, y también del hombre social. Para reconocer la exactitud de este punto de vista sociológico, no hace falta considerarnos a nosotros mismos; porque admitir esta verdad en lo que nos concierne, sería escapar a la ceguera que ella afirma, y en consecuencia proporcionar un argumento contra ella. Es necesario pensar algún pueblo antiguo de una civilización muy extraña a la nuestra como los egipcios, los espartanos, los hebreos... ¿Acaso esos pueblos no se creían tan autónomos como nosotros, siendo, sin saberlo autómatas, a los que sus antepasados, sus jefes políticos, sus profetas, los obligaban en última instancia, cuando no lo hacían unos a otros? Aquello que distingue nuestra sociedad contemporánea y europea de estas sociedades extrañas y primitivas, es que la magnetización ha llegado a ser mutua, por así decirlo, en cierta medida al menos; y, como exageramos un poco nuestra mutualidad en nuestro orgullo igualitario, como además olvidamos que al mutualizarse, esta magnetización –origen de toda fe y de toda obediencia– se ha generalizado, nos vanagloriamos equivocadamente de ser menos crédulos y menos dóciles, menos imitativos en una palabra, que nuestros ancestros. Es un error, y vamos a demostrarlo. Pero, si fuera cierto, no sería menos claro que la relación de modelo a copia, de maestro a discípulo, de apóstol a neófito, antes de ser recíproca o alternativa, como vemos de ordinario en nuestro mundo igualitario, ha debido necesariamente comenzar por ser unilateral e irreversible en el origen. De allí las castas. Incluso en las sociedades más igualitarias, la unilateralidad y la irreversibilidad de la que se trata, subsisten siempre sobre la base de la iniciación social, en la familia. Porque el padre es y será siempre el primer maestro, el primer sacerdote, el primer modelo de sus hijos. Toda sociedad, incluso en estos días, comienza por ahí.



Ha sido necesario, *a fortiori*, que haya al principio de toda sociedad antigua un gran despliegue de autoridad, ejercida por algunos hombres soberanamente imperiosos y afirmativos. Según se dice ¿ha sido sólo por el terror y la imposición que han reinado? No, esa explicación es manifiestamente insuficiente. Han reinado por su *prestigio*. El ejemplo del magnetizador sólo, nos hace entender el sentido profundo de esta palabra. El magnetizador no tiene necesidad de mentir para ser creído ciegamente por el magnetizado; no tiene necesidad de aterrorizar para ser pasivamente obedecido. Es prestigioso, con eso está todo dicho. Esto significa, en mi opinión, que existe en el magnetizado un cierto potencial de creencia y de deseo inmovilizado en recuerdos de todo género, dormidos pero no muertos, que esta fuerza aspira a actualizar como el agua del estanque que tiende a escaparse, y que sólo, como consecuencia de circunstancias particulares, el magnetizador tiene la medida para abrir la desembocadura necesaria. En un grado cercano, todo prestigio es parecido. Se le da prestigio a alguien en la medida en que responde a su necesidad de afirmar o de querer alguna cosa efectiva. El magnetizador no tiene necesidad de hablar para ser creído y para ser obedecido; le es suficiente con obrar, hacer un gesto por imperceptible que sea. Este movimiento con el pensamiento y el sentimiento, del cual es representación, es inmediatamente reproducido. “No estoy seguro, dice Maudsley (*Pathologie de l'esprit*, p. 73), que el sonámbulo no pueda llegar a leer inconscientemente en el espíritu, por una *imitación inconsciente* de la actitud y de la expresión de la persona de la cual *copia, instintivamente y con exactitud*, las contracciones musculares”. Notemos que el magnetizado imita al magnetizador, pero este no lo imita a aquel. Sólo en la llamada vigilia, y entre gente que no parece ejercitar ninguna acción magnética entre uno y otro, es que se produce esa *mutua imitación*, ese mutuo prestigio, llamado *simpatía*, en el sentido de Adam Smith. Si yo le he dado lugar al prestigio y no a la simpatía, como base de la sociedad, es porque, como he dicho más arriba, lo unilateral debe preceder a lo recíproco.¹⁰ Aunque esto pueda sorprender, sin una época de autoridad, no habría habido jamás una época de fraternidad relativa. Pero volvamos. ¿Por qué asombrarnos, en el fondo, de la imitación a la vez unilateral y pasiva del sonámbulo? Una acción cualquiera, de cualquiera de nosotros da a sus semejantes, que son testigos, la idea más o menos irreflexiva de imitarla; y si estos resisten a veces a esta tendencia, es que ella entonces está neutralizada en ellos por sugerencias antagonistas, nacidas de recuerdos presentes o de percepciones exteriores. Momentáneamente privado de esta fuerza de resistencia por el sonambulismo, el sonámbulo puede servir para revelarnos la pasividad imitativa del ser social, en tanto que social, es decir, en tanto que puesto en relación con sus semejantes, y en primer lugar con uno de sus semejantes.

¹⁰ Aquí debo rectificarme. Es cierto que la simpatía es la fuente primera de la sociabilidad y el alma aparente o escondida de todas las especies de imitación, incluso la imitación envidiosa y calculada, incluso la imitación de un enemigo. Sólo que la simpatía comienza por ser unilateral antes de ser mutua.

Si el ser social no fuese al mismo tiempo un ser natural, sensible y abierto a las impresiones de la naturaleza exterior e incluso de sociedades extrañas a la suya, no sería para nada susceptible de cambio. Los asociados semejantes permanecerían juntos siempre, incapaces de variar espontáneamente el tipo de ideas y necesidades tradicionales que les imprimiese la educación de los padres, de los jefes y de los sacerdotes, copiada a su vez del pasado. Algunos pueblos conocidos están muy próximos a las condiciones de mi hipótesis. En general, los pueblos nacientes, lo mismo que los infantes de corta edad, son indiferentes, insensibles a todo lo que no toca al hombre y a la especie que se les parece, el hombre de su raza y de su tribu.¹¹ “El sonámbulo no ve ni escucha, dice A. Maury, más que lo que entra en las preocupaciones de su sueño”. Dicho de otra forma, toda la fuerza de la creencia y del deseo se concentra sobre un polo único. Este es justamente el efecto de la obediencia y de la imitación *por fascinación*, verdadera neurosis, cierta clase de *polarización* inconsciente del amor y de la fe.

¡Cuántos grandes hombres, de Ramses a Alejandro, de Alejandro a Mahoma, de Mahoma a Napoleón, han polarizado así el alma de su pueblo! ¡Cuántas veces la fijación prolongada de ese punto brillante, la gloria o el genio de un hombre, ha hecho caer a un pueblo en la catalepsia! La torpeza, se dice, no es más que aparente en el estado de sonambulismo; encubre una sobreexcitación extrema. De allí, los prodigios de esfuerzo o habilidad que el sonámbulo hace sin dudar. Algo similar se vio a principios de siglo cuando, tan enervada como excitada, tan pasiva como afiebrada, la Francia militar obedecía al gesto de su fascinación imperial y realizaba prodigios. Nada más apropiado que ese fenómeno atávico que nos hace prolongar hasta el pasado remoto, para hacernos comprender la acción ejercida sobre sus contemporáneos por esos grandes personajes semi-fabulosos que todas las civilizaciones diferentes ponen a su cabeza, y que sus leyendas le atribuyen la revelación de sus oficios, de sus conocimientos, de sus leyes: Oanés en Babilonia, Quetz-alcoatl en México, las *dinastías divinas* anteriores a Menes en Egipto, etc.¹² Estudiándolos bien, todos

11 La fuente primaria de todas las revoluciones sociales, es pues la ciencia, la investigación extra-social, que nos abre las ventanas del falansterio social donde vivimos y la ilumina con las claridades del universo. Con esta luz desaparecen los fantasmas. Pero también ¡cuántos cadáveres perfectamente conservados hasta aquí caen convertidos en polvo!

12 En sus profundos *Études sur les moeurs religieuses et sociales de l'Extrême-Orient*, sir Alfred Lyall, (que parece haber estudiado sobre el terreno, en determinadas partes de la India, el fenómeno de la formación de las tribus y los clanes) atribuye una influencia preponderante a la acción individual de los hombres notables en las sociedades primitivas: “Sirviéndonos, dice él, de los términos de Carlyle, el complicado movimiento de la sociedad primitiva tiene, sin duda, numerosas raíces, pero el héroe es la raíz pivotante que alimenta en gran parte todo el resto. En Europa, donde los límites-fronteras de las nacionalidades son fijos y los edificios de la civilización están fuertemente atrincherados, se tiende a menudo a tratar de legendario la enorme parte que las razas primitivas atribuyen a su ancestro heroico en la fundación de su raza y de sus instituciones. Y sin embargo sería quizás

¿Qué es una sociedad?

Gabriel Tarde

estos *reyes-dioses*, principio común de todas las dinastías humanas y de todas las mitologías, han sido inventores o importadores de invenciones extranjeras, en una palabra, iniciadores. Gracias al estupor profundo y ardiente causado por sus primeros milagros, cada una de sus afirmaciones, cada una de sus órdenes, ha sido una salida inmensa, abierta a la cantidad de aspiraciones impotentes e indeterminadas que habían hecho nacer, necesidades de fe sin idea, necesidades de actividad sin medio de acción.

Cuando hablamos de obediencia en el presente, entendemos por ello un acto conciente y querido. Pero la obediencia primitiva es otra cosa. El operador ordena al sonámbulo llorar, y éste llora: aquí no es sólo la persona, es todo el organismo el que obedece. La obediencia de multitudes a ciertos tribunales, de las tropas a ciertos capitanes es algunas veces muy extraña. Y su credulidad no lo es menos. “Es un curioso espectáculo, dice Ch. Richet, ver a un sonámbulo hacer gestos de disgusto, náuseas, provocar una verdadera sofocación cuando se le pone bajo su nariz un frasco vacío anunciando que es amoníaco, y, por otro lado, cuando se dice que es agua clara, respirar el amoníaco sin parecer que sea molestado en lo más mínimo.” Una extrañeza análoga se nos presenta en las necesidades tan absurdas como profundas, tan extravagantes como pertinaces de los pueblos antiguos, aún del más libre y delicado de todos, incluso mucho tiempo después de que terminó su primera fase de teocracia autocrática. ¿No vemos las monstruosidades más abominables, por ejemplo el amor griego, juzgados dignos de ser cantados por Anacreón y Théocrite, o dogmatizado por Platón; o bien serpientes, gatos, bueyes o vacas, adoradas por poblaciones postradas o bien los dogmas más contrarios al testimonio directo de los sentidos, misterios, metempsi-cosis, sin hablar de absurdos tales como el arte de los augurios, la astrología, la hechicería, ser unánimemente creídos? ¿No vemos por otra parte, los sentimientos más naturales (el amor paternal en los pueblos en que el tío era superior al padre, el celo del amor en las tribus donde reinaba la comunidad de las mujeres, etc.) rechazados con horror, o las bellezas naturales y artísticas más admirables despreciadas y negadas, porque son contrarias al gusto de la época, incluso en los tiempos modernos (lo pintoresco de los Alpes y los Pirineos entre los romanos, las obras maestras de Shakespeare, la pintura holandesa en los siglos XVII y XVIII)?

difícil de exagerar la impresión que debe producir, sobre el mundo primitivo, los audaces explotadores recompensados con el éxito, en aquel tiempo en que el impulso comunicado por el libre juego de fuerzas de un gran hombre apenas tenía el impedimento de barreras artificiales... En ese tiempo, saber si un grupo formado sobre la superficie de la sociedad se desarrollaría en un clan o en una tribu, o si se arruinaría prematuramente, dependía en gran medida, al parecer de la fuerza y la energía del fundador”. No tengo nada que agregar a estas líneas, excepto que, en los tiempos modernos la disminución del prestigio de los grandes hombres es más que compensado por el crecimiento de sus medios de acción, y que, si era preponderante en el inicio, todavía no ha dejado de serlo. Pero, aún más, todos los grandes hombres no han debido su fuerza más que a las grandes ideas de las cuales han sido ejecutores más que inventores, y que las más de las veces han sido inventadas por una serie de pequeños hombres desconocidos.

¿No es verdad, en una palabra, que las experiencias y las observaciones más claras son discutidas, las verdades más palpables combatidas, todas las veces que ellas están en oposición con las ideas tradicionales, hijas antiguas del prestigio y de la fe?

Los pueblos civilizados se jactan de haber escapado a este *sueño dogmático*. Su error es explicable. La magnetización de una persona es tanto más rápida y fácil cuántas más veces haya sido magnetizada. Esta observación nos dice por qué los pueblos se imitan cada vez más, dudando cada vez menos a medida que se civilizan; y lo hacen cada vez con mayor facilidad y velocidad. La humanidad en esto se asemeja al individuo. No puede negarse que el niño es un verdadero sonámbulo, en el cual el sueño se complica con la edad, hasta que cree despertarse a fuerza de complicaciones. Pero esto es un error. Cuando un escolar de diez a doce años pasa de la familia al colegio, le parece al principio que él se encuentra desmagnetizado, despertando del sueño respetuoso en el que había vivido hasta entonces admirando a sus padres. De ninguna forma se convierte en un mayor admirador; más imitativo que nunca y sometido al ascendente de uno de sus maestros o de algún camarada prestigioso, su pretendido despertar, no es más que un cambio o una superposición de sueños. Cuando la *magnetización-moda* substituye a la *magnetización-costumbre*, síntoma ordinario de una revolución social que comienza, un fenómeno análogo se produce, solamente que en mayor escala.

Agreguemos, sin embargo, que cuanto más se multiplican y diversifican las sugerencias del ejemplo alrededor del individuo, más débil es la intensidad de cada una de ellas, y más aún, si, de un lado, se determina la elección a realizar entre ellas, por las preferencias dadas de su propio carácter, y por otro, en virtud de leyes lógicas que expondremos más adelante. Por tanto, es cierto que el progreso de la civilización tiene por efecto convertir la servidumbre en una imitación cada vez más *personal* y *racional* al mismo tiempo. Nosotros estamos tan acostumbrados como nuestros antepasados a los ejemplos del ambiente, pero nos los apropiamos mejor por la elección más lógica y más individual que realizamos, más adaptada a nuestros fines y nuestra naturaleza particular. Esto no es obstáculo, por lo demás, para que, según veremos, la parte de las influencias extra-lógicas y prestigiosas sea siempre muy considerable.

Ella es notablemente poderosa y curiosa para estudiarla en el individuo que pasa bruscamente de un medio pobre en ejemplos a un medio relativamente rico en sugerencias de todo género. No hay necesidad, entonces, de un objeto tan brillante, tan resplandeciente como la gloria o el genio de un hombre para fascinarnos y adormecernos. No solamente uno *nuevo* que llega a un curso de colegio, sino un japonés viajando por Europa, un campesino recién llegado a París, son sorprendidos con un estupor comparable al estado cataléptico. Su atención, a fuerza de fijarse en todo lo que ven y escuchan, sobre todo las acciones de seres humanos que los rodean, se separa absolutamente de todo lo que han visto y oído hasta entonces, incluso de los actos y de los pensamientos de su vida pasada. No es que su memoria haya sido suprimida, en realidad, *nunca estuvo tan viva*, tan dispuesta a entrar en



escena y en movimiento a la menor palabra que evoque en ellos la patria lejana, la existencia anterior, el hogar, con una riqueza de detalles alucinadora. Pero ha quedado paralizada, desprovista de toda espontaneidad propia. En ese estado singular de atención exclusiva y fuerte, de imaginación energética y pasiva, estos seres atónitos y febriles sufren invisiblemente el *encanto* mágico de su nuevo medio; creen en todo lo que ven hacer. Así permanecerán por largo tiempo. Pensar espontáneamente es siempre más trabajoso que pensar por otro. Así, todas las veces que el hombre vive en un medio animado, en una sociedad intensa y variada, que le proporciona espectáculos y conciertos, conversaciones y lecturas siempre renovadas, queda dispensado en cierto grado de todo esfuerzo intelectual; y se embota a la par que se sobrexcita cada vez menos. Su espíritu, lo repito, se vuelve un sonámbulo. Este es el estado mental propio de la mayoría de los ciudadanos. El movimiento y el ruido de las calles, los escaparates de las tiendas, la agitación desenfadada e impulsiva de su existencia, le producen el efecto de pases magnéticos. Ahora bien, la vida urbana ¿no es una vida social concentrada y orientada hacia un fin?

¿No es acaso también por la imitación que, algunas veces, acaban en convertirse en *ejemplares*? Supóngase un sonámbulo que impulsa la imitación de su medio hasta convertirse él mismo y magnetizar a un tercero, el cual a su vez lo imitará y así sucesivamente. ¿No es esta la vida social? Esta cascada de magnetizaciones sucesivas y encadenadas es la regla; la magnetización mutua de la que hablo, es tan solo la excepción. De ordinario, un hombre naturalmente prestigioso da un impulso, a menudo seguido por miles de personas que lo copian en todo y por todo, y le toman su prestigio, en virtud del cual obra sobre millones de hombres inferiores. Y sólo cuando esta acción desde lo alto hacia lo bajo se agote, se verá, en tiempos democráticos, producirse la acción inversa en la que millones de hombres en ciertos momentos, muy raros por lo demás, fascinan colectivamente a sus antiguos médium y los rigen rigurosamente. Si toda sociedad presenta una jerarquía, es porque toda sociedad presenta la *cascada* de la que hablo y le debe corresponder su jerarquía *para ser estable*.

Esto además, no es por temor —lo repito— es por admiración, no por la fuerza de la victoria, sino por el brillo y la superioridad sentida y molesta, que da lugar al sonambulismo social. Por esto sucede que el vencedor es magnetizado por el vencido. De igual forma que un jefe salvaje en una gran ciudad, un advenedizo en un salón aristocrático del último siglo, es todo ojos y todo oídos, y está *encantado* e *intimidado* a pesar de su orgullo. Pero sólo tiene ojos y oídos para todo lo que lo sorprende y lo cautiva. Porque una mezcla singular de anestesia y de hiperestesia de sentidos es la característica dominante de los sonámbulos. Él copia, pues, todos los usos de ese nuevo mundo, su lengua, su acento. Así hicieron los germanos en el mundo romano; olvidan el alemán y hablan latín, escriben hexámetros, se bañan en bañeras de mármol, se hacen llamar patricios. Así también sucedió con los romanos mismos en la Atenas vencida por sus armas. Lo mismo le aconteció a los Hicsos, conquistadores de Egipto y subyugados por su civilización.

Pero ¿es necesario acudir a la historia? Miremos a nuestro alrededor. Esta especie de parálisis momentánea del espíritu, de la lengua y de los brazos, esta perturbación profunda de todo el ser y esta desposesión de sí que se llama la *intimidación*, merecerían un estudio aparte. El intimidado, bajo la mirada de cualquiera, se escapa de su sí-mismo, y tiende a volverse manejable y maleable por otro; él lo conoce y quiere resistir, pero sólo logra inmovilizarse torpemente, lo bastante como para neutralizar el impulso externo, pero no para reconquistar su impulso propio. Se me concederá, quizás, que este estado singular, por el cual todos hemos pasado, más o menos a cierta edad, presenta con el estado de sonambulismo un vínculo manifiesto. Pero cuando la timidez ha finalizado, y como suele decirse, uno se encuentra cómodo, ¿supone esto que se ha desmagnetizado? De ninguna forma. Encontrarse cómodo, en una sociedad, es ponerse a tono y a la moda del medio, hablar su jerga, copiar sus gestos, es en fin, abandonarse sin resistencia a esas múltiples y sutiles corrientes de influencias del ambiente —contra las cuales, en vano se lucha—, y abandonarse a ellas, habiendo perdido toda conciencia de este abandono. La timidez es una magnetización consciente, y en consecuencia incompleta, comparable a aquella semi-somnolencia que precede al sueño profundo donde el sonámbulo habla y se mueve. Es un *estado social naciente*, que se produce todas las veces que se pasa de una sociedad a otra, o al entrar en la vida social exterior o al salir de la familia.

Esta es la razón, quizás, por la cual la gente, llamada salvaje, es decir particularmente rebelde a toda asimilación y a decir verdad insaciable, se mantiene tímida toda su vida, sometida o semi refractaria al sonambulismo; a la inversa, aquellos que jamás se han visto embarazados por nada, aquellos que jamás han sentido timidez propiamente dicha, con su aparición en un salón o en el curso de un colegio, ni estupor análogo al debutar en cualquier ciencia o arte, (porque el problema producido por la iniciación a un nuevo oficio en el que las dificultades emergen y en que los procedimientos a copiar hacen violencia contra las antiguas costumbres, es perfectamente comparable a la intimidación), ¿no son aquellos los que, saciables en el grado más alto, excelentes copistas, es decir desprovistos de vocación propia y de idea maestra, poseen inmediatamente la facultad china o japonesa de modelarse rápidamente de acuerdo a lo que los rodea —sonámbulos de primer orden— extremadamente prestos a dormir? Bajo el nombre de Respeto, la Intimidación juega socialmente —con el testimonio de todos— un rol inmenso, mal comprendido a veces, pero en absoluto exagerado. El Respeto, no es ni el temor, ni el amor solamente, ni sólo su combinación, aunque sea un *temor amado* del que lo siente. El respeto, ante todo, es una *impresión ejemplar* de una persona sobre otra, psicológicamente *polarizada*. Es necesario, sin duda, distinguir el respeto del que se tiene conciencia, de aquel que se disimula a sí mismo con afectados desprecios. Pero, teniendo en cuenta esta distinción, se verá que todos aquellos a quien se imita se los respeta, y a quien se lo respeta se lo tiende a imitar. No hay señal más evidente del desplazamiento de la autoridad social que las desviaciones de las corrientes de ejemplos. El hombre de mundo que refleja el argot y la dejadez del obrero, la mujer de mundo que repro-



duce cantando las entonaciones de la actriz, tienen para la actriz y para el obrero más respeto y diferencia de la que creen. Ahora bien, sin una circulación general y continua del respeto en las dos formas indicadas, ¿qué sociedad podría vivir tan sólo un día?

No deseo insistir más sobre la relación precedente. Cualquiera que sea, espero al menos haber hecho sentir que el hecho social esencial, tal como yo lo percibo, exige, para ser bien comprendido, el conocimiento de los hechos cerebrales infinitamente delicados, y que la sociología más clara en apariencia, la de aspecto más superficial, hunde sus raíces en el seno de la psicología, de la fisiología, la más íntima y la más oscura. *La sociedad es imitación y la imitación es una especie de sonambulismo*; así se puede resumir este artículo. En lo que concierne a la segunda parte de la tesis, ruego al lector distinguir lo que haya de exageración. Debo descartar también una objeción posible. ¿No se me dirá quizás que sufrir un ascendiente no significa siempre seguir el ejemplo de aquel a quien se obedece o a quien se confía? Pero ¿creer en alguien no es creer siempre en lo que él cree o parece creer? *No se manda por una invención*, no se sugiere por persuasión el hacer un descubrimiento. Ser confiado y dócil, y ser en el grado más alto como el sonámbulo o el hombre como ser social, es ante todo, ser imitativo. Para innovar, para descubrir, para despertarse en un instante de su sueño familiar o nacional, el individuo debe escapar momentáneamente a su sociedad. Teniendo esta rara audacia, es más supra-social que social.

Una palabra más. Acabamos de ver que en los sonámbulos o cuasi-sonámbulos, la memoria es muy viva, y también lo es el hábito (memoria muscular, habíamos dicho antes), mientras que la credulidad y la docilidad son forzadas a ultranza. En otros términos, la *imitación de ellos mismos por ellos mismos* (la memoria y el hábito, en efecto, no son otra cosa) es en ellos también considerable como la imitación de otro. ¿No habrá un lazo entre los dos hechos? No se puede comprender claramente, dice Maudsley con insistencia, que existe en el sistema nervioso una tendencia innata a la imitación? Si esta tendencia es inherente a los últimos elementos nerviosos, se puede conjeturar que las relaciones de célula a célula en el interior de un mismo cerebro podrían tener analogía con la relación singular de dos cerebros en el que uno fascina al otro, y consistir —a semejanza de éste— en una polarización de la creencia y del deseo almacenados en cada uno de sus elementos. Así, tal vez, se explicarían ciertos hechos extraños, por ejemplo en el sueño, donde la coordinación espontánea de imágenes que se combinan —sin duda por la virtud predominante del elemento nervioso donde ella reside y de donde ella emana— siguiendo una cierta lógica en ellas, bajo el imperio de una que se impone y da el tono.¹³

13 Esta posición es acorde con la idea maestra desarrollada por Paulhan en su libro —tan meditado por cierto— sobre la *actividad mental* (Alcan, 1889).